

al dintel de piedra una gruesa cerradura, llena de herrumbre. Se veía el agujero de la llave y el macizo pestillo profundamente encajado en la chapa de hierro.

La cerradura era de dos vueltas, de la forma que tenían las de las Bastillas del antiguo París.

Al otro lado de la reja se veían el aire libre, el río, el día, el ribazo muy estrecho, pero suficiente para fugarse; los muelles lejanos, París, ese abismo donde es tan fácil esconderse, el vasto horizonte y la libertad. A la derecha, río abajo, se divisaba el puente de Jena, y á la izquierda, río arriba, el puente de los Inválidos.

El sitio era á propósito para esperar la noche y evadirse.

Serían las ocho y media de la tarde. El día iba á desaparecer.

Juan Valjean colocó á Mario junto á la pared, en la parte seca del embaldosado; despues se dirigió á la reja y cogió los barrotes con sus dos manos crispadas. Los sacudió frenéticamente, pero no se conmovieron. Juan Valjean los fué probando uno despues de otro, por ver si podía arrancar el menos sólido y convertirlo en palanca para levantar la puerta ó para romper la cerradura, pero no cedió ningun barroto. El obstáculo era invencible. No pudo abrir la reja.

No sabía qué partido tomar; para retroceder y desandar el horrible camino ya recorrido, no se encontraba ya con fuerzas. Además, ¿cómo había de atravesar otra vez el lodazal, del que por milagro escapó con vida? Y aun suponiendo que lo atravesase, ¿no caería en poder de la ronda de policía, que estaba acechando á la otra parte del cenagal? Si seguía la pendiente no alcanzaria tampoco la salvación, porque aunque encontrase otra salida, ¿no estaria cerrada con reja ó de otro modo? Indudablemente todas las salidas del alcantarillado estaban cerradas como aquella. La casualidad hizo que encontrara abierta la reja por donde entró, pero eso fué una pura casualidad. Solo consiguió, pues, evitar el peligro de muerte para caer en una prision.

Cuanto había hecho Juan Valjean era inútil; no tenía más remedio que morir allí.

Dió las espaldas á la reja y se dejó caer en tierra, al lado de Mario, que continuaba inmóvil, y hundió la cabeza entre las rodillas. Se quedó aniquilado y

abatido. ¿Qué pensaba en aquellos tristes momentos?

Ni en sí mismo ni en Mario: pensaba en Cosette.

VIII.

El pedazo de levita arrancado.

De su doloroso ensimismamiento le sacó una mano que se apoyó en su hombro y una voz que le dijo:

—Parte para dos.

¿Quién era el que le hablaba en aquel sitio? Nada se parece tanto al sueño como la desesperación, y Juan Valjean creyó que soñaba. No había oído ruido de pasos, pero, sin embargo, levantó los ojos y vió un hombre delante de él.

Dicho hombre vestía blusa é iba descalzo; llevaba en la mano los zapatos, que sin duda se los había quitado para poder llegar hasta Juan Valjean sin que éste le oyera.

A pesar del estado en que se encontraba, Juan Valjean le conoció en seguida: era Thenardier.

Aunque despertó con sobresalto, digámoslo así, estaba acostumbrado á vivir alerta, y tan preparado para los golpes del destino, que al instante recobró toda su presencia de espíritu. Su situación, además, no podía empeorar, que hay angustias que no tienen aumento posible, y ni el mismo Thenardier podía añadir lobreguez á su tenebrosa noche.

Hubo un intervalo de silencio.

Thenardier, levantando la mano derecha á la altura de la frente en forma de pantalla, encogió las cejas y guiñó los ojos, cuyo gesto acompañó con un ligero fruncimiento de boca, marcando de este modo la atención sagaz del hombre que quiere conocer á otro. Pero no lo consiguió. Como dijimos antes, Juan Valjean estaba de espaldas á la claridad, y además tan desfigurado, tan lleno de fango y de sangre, que nadie le hubiera conocido, ni aun á la luz del sol. A Thenardier, por el contrario, le hería en la fisonomía la luz pálida de la reja, y la desigualdad de sus posiciones daba alguna ventaja á Juan Valjean en el misterioso duelo que iba á empeñarse: éste notó inmediatamente que Thenardier no le conocía.

Se contemplaron un momento en aquella semi-oscuridad como si trataran de medirse.

Thenardier rompió el silencio de este modo:

—Cómo piensas salir de aquí?

Juan Valjean no dió respuesta. Thenardier continuó:

—No podrás forzar la reja, y sin embargo, tienes que salir.

—Es cierto, contestó Juan Valjean.

—Pues bien, parte para dos.

—¿Qué quieres decir?

—Has matado á ese hombre, pero yo tengo la llave de la reja.

Thenardier señalaba con el dedo á Mario.

—No te conozco, prosiguió, pero quiero ayudarte, porque debes ser un compinche.

Juan Valjean empezó á comprender. El antiguo posadero le tomaba por un asesino.

—Supongo que no habrás matado á este hombre para no registrarle los bolsillos. Dame la mitad; te abriré la puerta y te proporcionaré que te deshagas del muerto.

Entonces, medio sacando una enorme llave por debajo de su agujereada blusa, añadió:

—Mira cómo es la llave que abre la reja.

Juan Valjean se quedó atónito, no atreviéndose á creer en la realidad de lo que veía. Se le aparecía una Providencia horrible; el ángel bueno surgía ante él bajo la figura de Thenardier.

Este metió la mano en un ancho bolsillo que tenía bajo la blusa, sacó una cuerda y se la largó á Juan Valjean.

—Toma esto además, le dijo.

—Para qué?

—También necesitarás una piedra, pero fuera la encontrarás. Cerca de la reja las hay de sobra.

—Para qué necesito esa piedra?

—Imbécil! si arrojas el cadáver al río y no le atas una piedra al pescuezo, flotará sobre el agua.

Juan Valjean tomó maquinalmente la cuerda; en su caso cualquiera hubiera hecho lo mismo.

Thenardier hizo castañetear sus dedos, como si le asaltase una idea repentina, y exclamó:

—¿Cómo has podido desembarazarte del cenagal? Yo no me he atrevido á entrar en él. Puf! qué mal hueles!

Despues de una breve pausa añadió:

—Te dirijo pregunta tras pregunta y haces bien en no contestarme. Es un ensayo para cuando comparezcas ante el juez, que por cierto te hará pasar un mal rato. Quien calla no dice nada; pero no te figures, porque no vea tu cara ni

conozca tu nombre, que ignoro lo que eres y lo que pretendes. Hablemos claro. Has estropeado á ese mozo y ahora quieres ocultarle en algun sitio; por ejemplo, en el río, que es el gran escondido-todo. Voy á sacarte del apuro. Me gusta ayudar á la gente de pró.

Mientras aprobaba el silencio de Juan Valjean, se veía que le excitaba á que hablase.

Le empujó en el hombro para que se ladease y poder examinarle de perfil, y le dijo:

—Ahora que reflexiono, eres un animal. ¿Por qué no arrojaste en el cenagal á ese hombre?

Juan Valjean no despegó los labios.

Thenardier, levantando hasta la nuez de la garganta el guiñapo que le servía de corbata, gesto que completa el aire de importancia de un hombre grave, continuó:

—Puede que hayas obrado cuerda-mente, porque mañana los trabajadores, al venir á tapan el hueco, pudieran tropezar con el cadáver, é hilo por hilo, hebra por hebra, podrian llegar hasta tí, comprendiendo que alguien había entrado en la alcantarilla. La policía es muy ingeniosa. La alcantarilla es desleal y denuncia. Semejante hallazgo es una rareza y llama la atención; por eso pocas personas se valen de la alcantarilla para sus negocios, mientras que el río es de todos. El río es la verdadera sepultura. Al cabo de un mes se pesca al hombre en las redes de Saint-Cloud. ¿Quién le ha matado? París. Ni siquiera interviene la justicia. Has obrado muy bien.

Cuanto más locuaz era Thenardier, más mudo estaba Juan Valjean.

El antiguo posadero, poniéndole otra vez la mano sobre el hombro, le dijo:

—Terminemos nuestro asunto. Ya has visto mi llave; ahora quiero ver tu dinero.

Thenardier estaba fosco, sus miradas eran atravesadas y amenazadoras, pero su lenguaje y su acento eran amistosos. Notábase en él una cosa extraña; sus modales no eran sencillos, estaba como violento.

Sin afectar misterio, hablaba en voz baja, y de vez en cuando se ponía el dedo en la boca, diciendo:

—Chist!

No era fácil adivinar la causa. Estaba solo con Juan Valjean, y éste supuso que habría más bandidos ocultos en algun rincón, no lejos de allí, y que no queria partir con ellos.

—¿Cuánto tenía ese mozo en el bolsillo? le preguntó Thenardier.

Juan Valjean se metió la mano en el suyo. Sabemos que tenía por costumbre llevar siempre dinero encima, porque así lo exigía la vida de azares imprevistos á que se veía condenado. Esta vez, sin embargo, le cogió desprevenido. Cuando se vistió el uniforme de guardia nacional se olvidó de tomar la cartera, por estar sumido en lúgubres pensamientos. Solo llevaba unas cuantas monedas en el bolsillo del chaleco, lleno de fango. Lo vació en el zampeado y cayeron un luis de oro, dos napoleones y un poco de calderilla.

Thenardier alargó el labio inferior y torció el cuello con gesto significativo.

—Le has matado por bien poco, dijo.

Luego se puso á tentar con toda familiaridad los bolsillos de Juan Valjean y los de Mario; mientras registraba á éste, con la destreza de un escamoteador halló medio de arrancar un pedazo de levita y de ocultarle bajo de la blusa, calculando, sin duda, que podría servirle algun día para conocer al asesinado y al asesino. En los bolsillos de Mario solo encontró franco y medio.

—¿Entre el uno y el otro no teneis más que eso?

Olvidándose de sus palabras *parte para dos*, se guardó todo el dinero, murmurando:

—Eso es despachar á la gente demasiado barato.

En seguida sacó la llave.

—Ahora ya puedes irte. Como en la feria, aquí se paga á la salida. Has pagado, sal.

Y se echó á reir.

Al proporcionar así á un desconocido el auxilio de la llave y abrirle la reja, ¿le guiaba la intencion desinteresada de salvar á un asesino? Lo dudamos.

Thenardier ayudó á Juan Valjean á cargar de nuevo con Mario, y luego de puntillas se dirigió á la reja, haciendo señas á Juan Valjean de que le siguiese. Miró hácia fuera, se puso el dedo en la boca y permaneció algunos segundos escuchando; satisfecho de su observacion, metió la llave en la cerradura. El pestillo se deslizó y la puerta giró sobre sus goznes sin hacer el menor ruido y poco á poco. Conociase que la reja y los goznes estaban untados con aceite y que se abrian más á menudo de lo que se creía. En su suavidad siniestra se presentian las idas y venidas furtivas, las entradas y salidas silenciosas de los hombres

nocturnos y los pasos del lobo del crimen. Evidentemente la alcantarilla tenía complicidad con alguna banda misteriosa. Aquella reja taciturna era una encubridora.

Thenardier entreabrió la puerta lo suficiente para que saliese Juan Valjean, la volvió á cerrar, dió dos vueltas á la llave en la cerradura y se sumergió silenciosamente en la oscuridad. Parecía que andaba con las patas afelpadas del tigre.

Un momento despues desapareció en lo invisible esa providencia de mala catadura.

Juan Valjean respiraba el aire libre.

A. Gantú Jauréguir

Mario parece muerto á una persona inteligente.

Dejó á Mario sobre el ribazo.

Detrás del jóven y del anciano quedaron los miasmas, la oscuridad y el horror; les inundaba ya el aire libre, respirable é impregnado de alegría.

Habia pasado ya el momento del crepúsculo y llegaba á toda prisa la noche, libertadora y amiga de cuantos la necesitan para salir de su angustiosa situacion. La naturaleza ofrecia por todas partes su apacible calma. El rio llegaba hasta los piés de Juan Valjean con el blando susurro de un beso. Se oia el diálogo aéreo de los nidos que se daban las buenas noches desde los olmos de los Campos Elíseos. Algunas estrellas, salpicando débilmente el pálido azul del zenit, visible solo á la meditacion, formaban aquí y allá en la inmensidad cortos é imperceptibles resplandores. La noche desplegaba sobre la cabeza de Juan Valjean todas las dulzuras del infinito. Era esa hora indecisa en la que hay aun bastante oscuridad para poder eclipsarse á cierta distancia y bastante luz para conocerse de cerca.

Durante algunos segundos venció irresistiblemente á Juan Valjean aquella serenidad augusta y halagüeña. Hay momentos de olvido en los que el sufrimiento cesa de oprimir al miserable; en los que todo se abisma en la idea; en los que la paz, como si fuere el manto de la noche, cubre al pensador, y el crepúsculo, que irradia imitando al cielo que se ilumina, llena el alma de estrellas. Juan Valjean se quedó contemplando la sombra inmensa y vaga que se extendia por encima de él, y pensativo tomaba en el majestuoso silencio del cielo un baño

de éxtasis y de oracion. Despues, como si el sentimiento del deber le asaltase de repente, se inclinó hácia Mario y, cogiendo agua en el hueco de la mano, le roció suavemente el rostro con algunas gotas. Los párpados de Mario no se movieron, y sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Juan Valjean iba á introducir otra vez la mano en el rio, cuando de improviso sintió el embarazo que causa el tener detrás de sí á alguna persona sin verla. Se volvió.

Habia efectivamente una persona detrás de Juan Valjean.

Era un hombre de elevada estatura, envuelto en una levita larga, con los brazos cruzados, y que llevaba en la mano derecha una cachiporra con puño de plomo; estaba de pié á algunos pasos detrás del grupo que formaban Juan Valjean y Mario.

Aquella aparicion en semejante hora hubiera asustado á un hombre sencillo.

Juan Valjean reconoció á Javert, que era el que iba antes persiguiendo á Thenardier.

Javert, en cuanto salió inesperadamente de la barricada, se dirigió á la Prefectura de policia, dió cuenta de todo al prefecto en persona y luego continuó su servicio, que se referia, segun la nota que se le encontró encima, á inspeccionar el ribazo de la orilla derecha de los Campos Elíseos. Allí se encontró con Thenardier y le siguió los pasos. Lo que sucedió despues ya lo sabemos.

Debe comprenderse tambien que era un recurso hábil de Thenardier abrir la reja á Juan Valjean. Sabia que fuera le espiaba el inspector de policia, y el hombre espiado tiene un olfato que no le engaña. Quiso arrojar algo que roer á aquel sabueso. Thenardier, haciendo salir en su lugar á Juan Valjean, proporcionaba una presa á la policia y conseguia así no ser perseguido; recompensaba á Javert el tiempo que estuvo esperando, ganaba treinta francos, y entre tanto se prometia una fácil evasion.

Juan Valjean salia de un escollo para caer en otro.

Javert no conoció á Juan Valjean, porque, como hemos dicho, estaba muy desfigurado. Sin mover los brazos, aseguró mejor la cachiporra con un movimiento imperceptible, y le preguntó con voz tranquila y seca:

—Quién sois?

—Yo.

—Quién sois?

—Juan Valjean.

Javert cogió la cachiporra entre los dientes, dobló las corvas, inclinó el cuerpo, puso en los hombros de Juan Valjean sus dos robustas manos, que encajaron en ellos como si fuesen dos tornillos; lo examinó y lo reconoció. La mirada de Javert era terrible.

Juan Valjean permaneció inerte bajo la presion de Javert, como un leon que consintiera en sufrir la garra de un lince.

—Inspector Javert, le dijo, estoy en vuestro poder. Desde esta mañana me creo prisionero vuestro. No os dí las señas de mi casa para evadirme. Apoderaos de mí. Solo os pido una cosa.

Javert parecia no escucharle; tenia clavadas en él sus pupilas. Su barba fruncida empujaba los labios hácia la nariz, señal de meditacion feroz. Al fin soltó á Juan Valjean, se enderezó de repente, cogió otra vez la cachiporra y murmuró, más que pronunció, estas preguntas:

—¿Qué haciais ahí? ¿Quién es ese hombre?

Seguia no tuteando á Juan Valjean: éste le contestó, y el acento de su voz parecia que despertaba á Javert:

—Cabalmente de él deseo hablaros. Ayudadme á llevarle á su casa y despedid de mi persona. Eso es todo lo que os pido.

El rostro de Javert se contrajo, como le sucedia cuando le creian capaz de hacer una concesion. Sin embargo, no le respondió negativamente.

Juan Valjean sacó del bolsillo un pañuelo, que humedeció en el agua, y limpió la frente ensangrentada de Mario.

—Este hombre estaba en la barricada, dijo Javert entre dientes y como hablando consigo mismo. Allí le llamaban Mario.

Conociase en esta observacion al espía por escelencia, que lo oyó y lo observó todo estando condenado á muerte, y que no dejaba de espiar ni de tomar notas teniendo ya el pié en la primera grada del sepulcro.

Cogió la mano de Mario y le pulsó.

—Está herido, dijo Juan Valjean.

—Está muerto, le replicó Javert.

—Todavía no, repuso Juan Valjean.

—¿Le habeis traído aquí desde la barricada? observó Javert.

Era preciso que la preocupacion de éste fuera muy profunda para que no insistiera en averiguar cómo se habia efectuado la salvacion sospechosa al tra-

vés de la alcantarilla, y para que no le llamara la atención el silencio que guardó Juan Valjean después de su pregunta. Este continuó diciendo:

—Vive en el Marais, calle de las Hijas del Calvario, en casa de su abuelo... cuyo nombre no recuerdo.

Juan Valjean sacó entonces de la levita de Mario la cartera, la abrió por la primera página y se la enseñó á Javert.

Quedaba aun en la atmósfera suficiente claridad flotante para poder leer cuatro palabras; además, los ojos de Javert poseían la fosforescencia felina de las aves nocturnas.

—Gillenormand, calle de las Hijas del Calvario, número 6, dijo Javert leyendo: luego gritó:

—Cochero!

Llamaba al conductor del coche de alquiler que estaba esperando.

Javert se guardó la cartera de Mario.

Un momento después el carruaje bajó por la pendiente del abrevadero y llegó al ribazo. Colocaron á Mario en el asiento del fondo y Javert y Juan Valjean ocuparon el asiento de delante.

Cerraron la portezuela y el coche se alejó rápidamente, subiendo por los muelles en dirección á la Bastilla.

Dejaron los muelles y entraron en las calles. El cochero, sentado en el pescante, hacía correr sus escuálidos caballos. Silencio glacial reinaba dentro del carruaje.

Mario, inmóvil, con el cuerpo apoyado en uno de los rincones, con la cabeza caída sobre el pecho, con los brazos colgando y las piernas tiesas, parecía que estaba esperando el ataúd. Diríase que Juan Valjean era una sombra y Javert una piedra, y que en aquel tenebroso carruaje, cuyo interior, cada vez que pasaba por delante de un farol, se teñía de luz lívida, la casualidad había reunido y situado una frente de otra á las tres inmovilidades trágicas: el cadáver, el espectro y la estatua.

X.

Regreso á la vida del hijo pródigo.

A cada vaiven que daba el carruaje caía una gota de sangre de los caballos de Mario.

Era ya cerrada la noche cuando el coche llegó al número 6 de la calle de las Hijas del Calvario.

Javert se apeó, y después de cerciorar-

se de que aquella era la casa que buscaba, levantó el pesado aldabon de hierro de la puerta cochera y le dejó caer con fuerza. Entreabrieron la puerta y Javert la empujó.

El portero apareció bostezando, entre dormido y despierto, con una vela en la mano.

Todos dormían en la casa.

En el Marais se acuestan temprano, sobre todo cuando hay motin. Aquel antiquísimo barrio, que se asustaba de la revolución, se refugiaba en el sueño, como los niños cuando oyen que viene el coco se tapan la cabeza con las sábanas de la cama.

Juan Valjean y el cochero sacaron á Mario del carruaje, sosteniéndole el primero por los sobacos y el segundo por las corvas.

Mientras le conducían, Juan Valjean le introdujo la mano por debajo de la ropa, le tentó el pecho y se convenció de que el corazón le latía aun y de que le latía con menos debilidad, como si el movimiento del coche hubiera determinado en él cierta renovación de vida.

Javert interpelló al portero con el tono de los dependientes del gobierno cuando hablan con un retrógrado.

—Vive aquí un tal Gillenormand?

—Aquí vive. Qué se os ofrece?

—Aquí le traemos á su hijo.

—A su hijo? exclamó el portero atónito.

—Muerto.

Juan Valjean, que subía detrás de Javert, que iba haraposo y sucio, al que el portero veía con horror, le hizo un signo negativo de cabeza.

El portero parecía no comprender las palabras de Javert ni la seña de Juan Valjean.

El inspector de policía continuó:

—Estuvo en una barricada y ahí le teneis.

—En una barricada! exclamó el portero.

—Ha conseguido que le maten. Id á despertar á su padre.

El portero no se movía.

—Id pronto! Mañana habrá aquí entierro.

Para Javert los incidentes habituales del servicio público estaban clasificados por categorías, y cada eventualidad tenía distribución especial. Los hechos posibles se encontraban en cierto modo dentro de gavetas, de donde salían, cuando llegaba el caso, en cantidades variables. Clasificaba por este orden los suce-

sos de la calle: ruido, motin, carnaval y entierro.

El portero se limitó á despertar á Basco, Basco á Nicolasita y Nicolasita á la señorita Gillenormand. Al abuelo le dejaron dormir, calculando que demasiado pronto sabría aquella desgracia.

Subieron á Mario al primer piso y le colocaron en un canapé viejo de la cámara del señor Gillenormand. Cuando Basco iba á buscar un médico y Nicolasita abría los armarios de la ropa blanca, Juan Valjean sintió que Javert le tocaba en el hombro. Comprendió lo que esto significaba y bajó siguiendo al inspector de policía.

El portero los vió partir como los había visto llegar, en medio de una somnolencia estúpida.

Entraron en el carruaje y el cochero ocupó su asiento.

—Inspector Javert, dijo Juan Valjean, concededme otro favor.

—Cuál? preguntó Javert con dureza.

—Dejadme entrar un instante en casa. Después hareis de mí lo que os acomode.

Javert permaneció mudo durante algunos minutos, con la barba hundida en el cuello de la levita; luego corrió el cristal de delante y dijo:

—Cochero, calle del Hombre-Armado, número 7.

XI.

Conmocion en lo absoluto.

No desplegaron los labios en todo el camino.

¿Qué deseaba hacer en su casa Juan Valjean? Acabar lo que había principiado; advertir á Cosette, decirle dónde estaba Mario, hacerla quizá alguna indicación útil, tomar si podía disposiciones supremas. Personalmente para él todo estaba terminado; Javert le tenía en su poder y no pensaba escaparse. Cualquiera otro en su lugar hubiera pensado tal vez vagamente en la cuerda de Thenardier y en los barrotes del primer calabozo donde entrase; pero desde lo que le sucedió con el obispo, cuando se trataba de algun atentado, aunque fuera contra sí mismo, sentía profunda y religiosa vacilación.

A la entrada de la calle del Hombre-Armado el coche se paró, por no permitir la estrechez de aquella el tránsito de carruajes.

Javert y Juan Valjean se apearon.

El cochero hizo observar humildemente al señor inspector que el terciopelo de su carruaje estaba manchado de sangre del hombre asesinado y del lodo del asesino, y que se le debía indemnizar. Sacó al mismo tiempo su cuaderno, y suplicó al inspector que tuviese la bondad de escribir en él unas cuantas frases laudatorias.

Javert rechazó el cuaderno que le alargaba el cochero y dijo:

—¿Cuánto te debo, contando el tiempo de la parada y de la carrera?

—Siete horas y un cuarto, respondió el cochero, y el terciopelo estaba nuevo. Ochenta francos, señor inspector.

Javert sacó del bolsillo la cantidad que le exigían, la entregó y despidió al cochero.

El aprehensor y el aprehendido internáronse en la calle, que, como casi siempre, se hallaba desierta. Llegaron al número 7; Juan Valjean llamó y le abrieron la puerta.

—Subid, le dijo Javert, y como si le costase gran esfuerzo hablar, añadió:—Os aguardo aquí.

Juan Valjean miró á Javert con extrañeza. Aquel modo de obrar desdecía de los hábitos del inspector de policía; pero estaba resuelto á entregarse y acabar de una vez, y no le sorprendía que Javert tuviese con él confianza activa, la confianza del gato que concede al raton la libertad de la longitud de su garra.

Empujó la puerta, entró en su casa, gritó al portero, que estaba ya acostado:—Soy yo! y subió al primer piso.

Al llegar allí se detuvo un instante.

Todas las vías dolorosas tienen sus estaciones. La ventana de la escalera, que era de una sola pieza, estaba corrida. Como en muchas casas, la escalera tenía vistas á la calle. El farol situado enfrente comunicaba alguna claridad á los escalones, lo que equivalía á un ahorro de alumbrado.

Juan Valjean sacó la cabeza por la ventana y recorrió con la vista toda la calle, que era corta y que recibía la luz del farol de un extremo á otro. Juan Valjean se quedó atónito. No vió á nadie en ella.

Javert se había marchado.

XII.

El abuelo.

Basco y el portero habían transportado á Mario á la sala, el que seguía tendido é inmóvil en el canapé donde le pusieron cuando llegó.

El médico que fueron á llamar había ya acudido.

La señorita Gillenormand se había levantado; estaba asustada, juntaba las manos, iba y venía, y exclamaba:

—Es posible, Dios mío!

De vez en cuando añadía:

—Todo lo vá á llenar de sangre!

Pasado el primer horror, abrióse camino hasta su espíritu cierta filosofía de la situación, que se revelaba en esta exclamación:

—Esto debía acabar así!

Por disposición del facultativo se puso un catre junto al canapé. El médico examinó á Mario, y cuando se cercioró de que le latía el pulso, de que no tenía en el pecho ninguna herida profunda y de que la sangre de los labios provenía de las fosas nasales, le hizo tender en el catre, sin almohada, con la cabeza al nivel del cuerpo, ó algo más baja, y con el busto desnudo, con la idea de facilitar la respiración. La señorita Gillenormand, al ver que desnudaban á Mario, se retiró y se fué á su cuarto á rezar el rosario.

El cuerpo del herido no tenía ninguna lesión interior; una bala, que se amortiguó al dar sobre la cartera, se desvió, y corriéndose por las costillas, le había abierto una grieta de horrible aspecto, pero sin profundidad, y por consecuencia no era de peligro. El largo paseo subterráneo le había acabado de dislocar la clavícula rota, que presentaba serias complicaciones. Tenía los brazos acuchillados, pero ningún tajo desfiguraba su rostro; sin embargo, en su cabeza se veían largas heridas. Serían peligrosas? Se detenían en la superficie? ¿Llegaban al cráneo? Eso es lo que no se podía decir aun. Era ya un síntoma grave que le hubiesen producido el desmayo, porque no siempre se despierta de los desmayos de esta clase. Además, la hemorragia le había debilitado. Desde la cintura á bajo le había protegido la barricada.

Basco y Nicolásita se ocupaban en rasgar lienzo y preparar vendajes. Nicolásita los cosía y Basco los rollaba.

Como no había hilas, el médico había restañado provisionalmente la sangre de las heridas con algodón en rama.

Sobre una mesa, al lado de la cama, había tres bujías encendidas y estaba abierto el estuche de cirujía. El médico lavó la cara y los cabellos de Mario con agua fría. En un instante el cubo quedó teñido de rojo.

El portero, con una vela en la mano, alumbraba al facultativo.

El médico meditaba profundamente. De vez en cuando hacía con la cabeza una señal negativa, como si se respondiera á alguna pregunta interior.

Malos síntomas son para el enfermo los misteriosos diálogos que el médico entabla consigo mismo.

Cuando éste limpiaba el rostro de Mario y tocaba apenas con los dedos sus párpados cerrados, se abrió la puerta del fondo y apareció en el umbral la figura alta y pálida del señor Gillenormand. El motín le tenía muy inquieto y muy indignado. La noche anterior no pudo dormir, y en todo el día se vió libre de la fiebre. Se acostó temprano, recomendando que se cerrase bien toda la casa, y, abrumado de fatiga, concluyó por quedarse dormido.

Como los ancianos tienen el sueño ligero, y como el cuarto del señor Gillenormand estaba contiguo al salón, le despertó el ruido, á pesar de las precauciones que se tomaron. Se sorprendió al ver luz por las rendijas de la puerta, abandonó la cama y salió á tientas hácia el salón.

Estaba en el umbral, con la mano apoyada en la puerta á medio abrir, con el rostro inclinado hácia adelante y tembloroso, con el cuerpo envuelto en una bata blanca, estirada y sin pliegues, como un sudario, atónito y con aspecto de un fantasma que mira el interior de un sepulcro.

Vió echado sobre el colchón del catre al jóven, ensangrentado, blanco como la cera, con los ojos cerrados, la boca abierta, los labios descoloridos, desnudo hasta la cintura, lleno de heridas é inmóvil.

El abuelo sintió en todo el cuerpo el estremecimiento que son capaces de experimentar los miembros osificados: sus ojos, cuya córnea hacía amarillear la vejez, se velaron con una especie de reflejo vidrioso; su fisonomía adquirió en un instante los ángulos terrosos de la cabeza del esqueleto; sus brazos cayeron como si les faltase el resorte que los mantenía suspendidos; se veía el estupor en la separación de los dedos de sus trémulas manos y en sus rodillas, que for-

maban ángulo hácia adelante y permitían entrever, por la abertura de la bata, sus piernas, flacas y desnudas.

El anciano balbuceó:

—Mario!

—Señor, dijo Basco, acaban de traer al señorito. Fué á la barricada y...

—Ha muerto! gritó el anciano con voz terrible. Ah, tunante!

Entonces una especie de transfiguración sepulcral dió á aquel centenario la firme apostura del jóven.

—Caballero, dijo, sois el médico y vais á hablarme francamente. Está muerto, no es verdad?

El facultativo guardó silencio.

El señor Gillenormand se torció las manos y prorumpió en carcajada espantosa.

—Está muerto! Está muerto! ¡Se ha dejado matar en las barricadas por odio á mí! Es un sanguinario! ¡Ved cómo vuelve á casa de su abuelo! ¡Miserable de mí! Está muerto!

Se dirigió á la ventana, abrió las dos hojas, como si se ahogase, y de pié se puso á hablar en la calle con la noche.

—¡Traspasado, acuchillado, exterminado! Ah, miserable! ¡Sabía que le esperaba, que hice arreglar su cuarto y colgar á la cabecera de mi cama su retrato de cuando era niño! ¡Sabía que podía volver cuando quisiera; que no he dejado de llamarle en muchos años, y que todas las noches me ponía á la lumbre con las manos en las rodillas, no sabiendo qué hacer, y que por él me he quedado imbécil! ¡Sabías todo esto; que con solo volver á casa y decir: "Soy yo," eras el amo, y yo te hubiera obedecido, y hubieras dispuesto á tu antojo del bobalicon de tu abuelo! Lo sabías, pero has dicho: "Es un realista y no quiero ir." Y te has metido en las barricadas, y te has dejado matar por perversidad, para vengarte de lo que te dije á propósito del duque de Berry. Eso es una conducta infame! ¡Y luego acuéstese uno y duerma tranquilo, para despertarse y encontrarse muerto á su nieto!

El médico, que empezaba á alarmarse por los dos, dejó un momento á Mario, se fué á la ventana, cogió por el brazo al señor Gillenormand y le sacó de allí.

Volvióse éste hácia el doctor, le miró con ojos que parecían agrandarse y brotar sangre, y le dijo con calma:

—Doctor, os doy las gracias. Estoy tranquilo: he presenciado la muerte de Luis XVI y sé sobrellevar las desgracias. Lo terrible para mí es pensar que

vuestros periódicos tienen la culpa de todo. Escritorzuelos, abogados, oradores, tribunos, discusiones, progresos, derechos del hombre, libertad de imprenta, poseéis todo eso; pero en cambio, ved cómo os traerán á casa á vuestros hijos. Ah, Mario! Eso es abominable! ¡Ha muerto antes que yo! Y en una barricada! Ah, bandido! Sé, doctor, que vivís en nuestro barrio. Os conozco perfectamente; desde mi ventana os veo pasar en el coche. No creáis que estoy irritado. No es posible irritarse contra un muerto; eso sería una estupidez. Ese niño me lo he criado yo; yo ya era viejo cuando él era aun muy chiquitín. Jugaba en las Tullerías con una pala pequeñita y un carrito, y para que los inspectores no gruñesen iba yo tapando con el bastón los agujeros que él hacía en el suelo con la pala. Un día gritó: "Abajo Luis XVIII!" y se fué. No fué culpa mía. Era sonrosado y rubio. Es hijo del bandido del Loira, pero los niños no son responsables de los crímenes de sus padres. Un día, delante del Hércules Farnesio, se formó un corro para admirarle, porque era muy hermoso. Su cabeza se parecía á la de los ángeles que se ven en los cuadros. Yo ahuecaba la voz y le metía miedo con el bastón, pero él sabía que no me enfadaba de veras. Por la mañana, cuando entraba en mi cuarto, solía refunfuñar y yo hacia lo que él quería. ¡Venid ahora á hablarme de los Lafayette y de los Benjamin Constant, que me lo asesinan! Esto no puede quedar así.

Acercóse á Mario, que seguía lívido é inmóvil, á cuyo lado estaba el médico, y empezó á retorcerse los brazos otra vez. Los blancos labios del anciano se agitaban maquinalmente, y de ellos salían, á modo de soplos en un estertor, palabras indistintas que se oían apenas:

—Desalmado! Clubista! Malvado! ¡Setembrista!

Reproches que en voz baja hacia un agonizante á un cadáver.

Poco á poco, según acontece en todas las tempestades interiores, se restableció el encadenamiento de las palabras; pero parecía que al abuelo no le quedaba ya fuerza para pronunciarlas, y su voz era tan sorda y apagada como si saliese del otro lado del abismo.

—Me es indiferente, ya que yo también voy á morir. Y más, cuando pienso que no hay en París ninguna mujer que no hubiera deseado labrar su felicidad. Pero él es un imbécil que, en vez de divertirse y disfrutar de la vida, se ha ido